—Debemos partir en busca del oro.—les dijo

No tuvo que vencer muchas resistencias, y decidieron partir al día siguiente, en cuanto amaneciera.

Partieron llenos de esperanza, les sonreía, les sonreía la esperanza.

Pronto llegaron a la comarca indicada por el viejo. Pero había en ella muchas montañas. ¿En cual estaría el oro? Las recorrerían todas. No volverían al pueblo, hasta haber hallado lo que consideraban la fortuna.

Habían partido con todo lo que tenían: Unas cuantas monedas, que no había que pensar en gastarlas, sino en caso extremo. Vivirían de lo que encontrasen por el campo.

Escalaron una montaña, y otra, y otra: nada. Pero la esperanza seguía sonriéndoles. Tanto que no sentían ni fatiga ni hambre.

Un día de aquellos, al oscurecer, les sorprendió una tormenta. No encontraron en donde refugiarse. El más viejo, pasada la torrencial lluvia se sintió enfermo. Tenía frío, mucho frío, frío hasta los huesos. Los otros dos se desnudaron para abrigarle. Y desnudos pasaron la noche.

Por fin, un día luminoso, luminoso, cuando ya la sonrisa de la esperanza apenas podía reanimarles, vieron refulgir el oro, casi a diez pasos de ellos. Estaba en el recodo de un barranco, allí estaba el oro, en brillantes y magníficos lingotes. Sin duda que las aguas de las lluvias invernales

lo habían arrastrado y depositado allí. Imposible descubrirlo antes, e imposible descubrirlo sinó por azar. Estaba a diez pasos. ¡Qué trabajo les costó dar aquellos diez pasos!

Ya están los tres amigos junto el oro, que era abundante, y, por primera vez, sus miradas de amigos, no son miradas de amigos. Se miran a través del silencio, alegres, pero sin alegría, con el corazón encogido.

El más joven parte con las monedas que poseían a comprar víveres en el pueblo más cercano. Y vino. Celebrarán con un banquete el hallazgo del oro.

Cuando ya ha partido, uno de los otros dice: —¡Si no volviera!...

El otro asiente sin palabras.

Vuelve el joven, con comida y vino. Los otros dos comen y beben. El no quiere comer ni beber. Lo ha hecho ya en el pueblo, dice. Era tanto su apetito que no ha podido esperar.

Asiste a la comida de sus dos amigos, con la misma alegría, sin alegría, que antes habían sentido los tres. Uno de los otros, con la aquiescencia del que había quedado con él, concedida en una mirada, se lanza sobre el joven, y le clava hasta el puño en el pecho, el cuchillo con que comía.

Sin sorpresa, en su agonía, el joven dice:

Si lo habéis hecho por el oro es inútil. El vino estaba envenenado.

España evangelizadora de la mitad del orbe, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. Dios nos concedió la victoria y premió el esfuerzo perseverante, dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo.

MENENDEZ Y PELAYO